

CARLOS E.
CASSINELLI*

LOS TRABAJADORES

Hablar del SIDA significa no sólo hablar de una enfermedad nueva y peligrosa sino de un virus político, económico, social y cultural que llega con violencia, irrumpe y se instala en el escenario de una salud pública deteriorada, con los trabajadores golpeados por una realidad cruel: la destrucción del Hospital Público y la desatención de la salud popular.

Enfermedad difícil, porque además de incurable se relaciona con la sexualidad; esto, en una sociedad culturalmente preparada para sostener el sexo como tabú, oculto y misterioso; en una sociedad que conquista el divorcio como quien conquista un tesoro preciado; que confunde familia y amor con castración (elementos todos

que entre otros, muestran el ostracismo en que hemos vivido y seguimos viviendo). Y a este modelo de sociedad los trabajadores en general y los de la salud en particular, no somos ajenos.

En un país donde cada ocho horas muere una persona por tuberculosis, enfermedad de la pobreza; en un país donde cada 40 minutos la desnutrición mata un niño, (es decir, muere por hambre en el país del trigo y de las vacas); en un país con 3.000.000 de chagásicos, ¿alguien puede pensar que los trabajadores en los hospitales estamos cuidados y protegidos?

Visto desde los trabajadores o desde los pacientes, es imposible que este sistema y sus personeros nos protejan y nos cuiden. Por ende, no resuelven el presupuesto, los salarios, las condiciones y el medio ambiente de trabajo; es decir, no resuelven la dignidad que necesita el pueblo.

Resultado: el pueblo no goza de buena salud, porque en el contexto de la injusticia social y la dependencia *la salud es inviable*.

Somos nosotros quienes debemos hacernos cargo de lo que falta en

responsabilidad, audacia, imaginación, creatividad, sentido de solidaridad. Y porque las autoridades también delegan los roles que les corresponden, los trabajadores debemos hacernos cargo de aprender qué es el SIDA y cómo se contagia, pero comprendiendo además que el sexo no es el cuco, que podemos y debemos gozarlo en plenitud.

En los sectores de trabajo, el tratamiento del tema SIDA y su relación con los trabajadores de la salud estuvo signado por la negación, el ocultamiento de información, la desinformación, la escasísima capacitación y la no entrega del material necesario que las mismas autoridades sanitarias aconsejaron al publicar en 1988 un cuadernillo de bio-seguridad.

Salvo el caso de CENARESO, donde la provisión es regular, en el resto de los establecimientos dependientes de Nación (entre los cuales están el Borda, el Moyano, el Hospital Rivadavia, el Instituto del Lisiado), no se nos provee de guantes, mascarillas, agujas y jeringas descartables, cestos para residuos, bolsas descartables, etc. Es decir que, desde lo material hasta

lo racional la mayoría del personal queda a la deriva. Queda librado a autoprotegerse como crea conveniente. En muchas oportunidades ha sido la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), la organización que tomó a su cargo el cuidado y la protección de la gente con publicaciones, charlas, seminarios, haciendo gestiones, informando, demandando participación, defendiendo a los compañeros ante accidentes producidos en la atención de pacientes, infectados o enfermos.

LOS DE ARRIBA

No es mucho lo que se requiere de las autoridades, solamente decisión política. Eso es lo que no tienen; ni quieren. Entender a los trabajadores, y cuidarlos. Asumir el desafío de que la gente no enferme y viva mejor.

Pero es inútil, porque es pedirle peras al olmo.

El médico y compañero Ramón Carrillo, ministro peronista (verdadero) de salud (1946-1954), planificador y ejecutor de la Revolución Sanitaria en la Argentina, decía que "*para que una política sanitaria tenga éxito debe ir acompañada de una po*

NO SOMOS FORROS

lítica económica y social. Y esto es una decisión política". Hoy, para responder a compromisos internacionales y ante el papelón ocurrido con la plata de la OMS/OPS que vino para programas del SIDA y se gastó vaya a saber en qué, se encara un **Programa Nacional de Lucha contra el SIDA**. Enhorabuena, más vale tarde que nunca; pero desde el comienzo no hay mejores indicios que la buena voluntad de algunas personas.

Los 2.000.000 de dólares no se sabe adonde están ni de dónde vienen; los trabajadores organizados no participamos en ninguna de sus instancias; y el eje central parece ser una discusión propia del oscurantismo: si los preservativos se tienen que repartir públicamente o a escondidas.

Escuchar al Presidente hablar del tema, ver que el ministro Porto no se compromete demasiado para no irritar a la Iglesia, oír a Quarracino, que dice que los preservativos favorecen la homosexualidad, o a funcionarios relacionados con la Liga de Padres de Familia que se oponen

férreamente a su districción... ésa es la muestra de un país donde la frivolidad y la estupidez de algunos de sus representantes priman sobre las desgracias de la gente.

Que los trabajadores estemos expuestos a distintos peligros —contagios, desequilibrios nerviosos producto de la angustia y la tensión, vejez prematura, enfermedad y muerte— no es para el sistema dominante motivo de preocupación.

El Sr. Cavallo está contento, convirtiendo lo inconvertible.

El Sr. Menem insiste con su esquizofrénico "*Estamos mal pero vamos bien*".

El Sr. Neustadt se regocija presentando ante Doña Rosa los jóvenes brillantes que dejan EE.UU. para instalarse en la Argentina, como signo de que algo está cambiando.

Sí. Algo está cambiando: aunque ellos no se den cuenta, la irresponsabilidad, la inoperancia y la incompetencia de quienes tienen la obligación de conducir sin traicionar, se nota claramente.

La democracia y la

necesidad de participación están por encima de ellos.

LO QUE HAY QUE CAMBIAR

Necesitamos una educación liberadora, una educación para la vida en libertad, aunque ellos lo entiendan como libertinaje; una educación que nos sirva para transformar, que la escuela primaria forme y no sólo informe; que la escuela secundaria nos ponga en contacto con la realidad de acá y no de allá, que la universidad sirva para modificar la realidad de acá y no de allá; que nos eduquen para cambiar este sistema egoísta y consumista por otro solidario, donde el objetivo sea construir sobre ejes de equidad y justicia social; que haya trabajo y se pueda comer; que se pueda vivir, tener alegrías y soñar.

Por todo esto y por mucho más, nuestro enemigo no es el paciente con SIDA. Nunca lo fue. No podría serlo.

Nuestro enemigo es una política que no cura al paciente, no cuida al trabajador de la salud, no protege al hospital, no previene enfermeda-

des en el pueblo.

Nuestro enemigo es aquél que permite que el 75% de las muertes de niños de 0 a 28 días se deba a causas evitables. Nuestro enemigo es, en síntesis, el mismo que insiste en un modelo económico, cultural, social y político que impide cualquier modificación en las estructuras de poder dominante y que reproduce las condiciones alienantes de la dependencia.

Contra todo esto luchamos. Lo hacemos, aun con el SIDA incluido.

(*) Secretario General Adjunto de ATE - Seccional Buenos Aires

